

Y otro rasgo que traduce el moderno espíritu de este manual de Historia de las Ciencias es el relieve concedido a la tendencia de la investigación actual, empeñada en aclarar y descubrir problemas parciales, retazos de conocimiento, como único camino para preparar mejor las grandes síntesis del futuro, una de las cuales otea el autor con evidente delectación filosófica. Nos referimos con sus propias palabras, a que « todos los síntomas vaticinan ahora otra síntesis similar (alude a Newton, Maxwell, Einstein) en que la relatividad, la teoría de los cuanta y la mecánica ondulatoria se funden juntas en una nueva visión unitaria ».

Corona la tercera edición inglesa un succulento capítulo de cincuenta páginas en que se sintetiza todo el movimiento científico habido entre 1930 y 1940. En él se estudia la física general, el átomo nuclear, la física astronómica, la geología, la química, la bioquímica, la fisiología, los virus filtrables, la inmunidad, la oceanografía, la genética y la filosofía de la ciencia; temas que son expuestos a la luz general de la década recién pasada y que se encuentran avalados por particulares sugerencias y hasta por la inclusión de colaboradores allegados por el autor de entre el denso medio intelectual que le rodea.

La edición inglesa pertenece a la University Press de Cambridge y a la Macmillan Company de New York,—M.



<https://doi.org/10.29393/At238-56FWVM10056>

FREUD, WAGNER, GOETHE Y TOLSTOI, por *Tomás Mann*

Los cuatro ensayos de Tomás Mann, ahora recogidos en un solo volumen, representan algo así como un tratado perfecto de técnica literaria, voluntariamente referido al aspecto psicológico. No cabe duda que el autor ha pretendido valerse de unos temas para ir destacando los perfiles intelectuales de su

propia obra, desde los «Buddenbrook» y «La montaña mágica» hasta la serie de «José y sus hermanos».

En el estudio dedicado a Freud vemos destacarse la línea de lo que se ha llamado evolución interior del gusto, oscilando entre dos polos, de nombres distintos si bien equivalentes en su contenido: realismo e idealismo, objetividad y subjetividad, sensibilidad e inteligencia, o lo que es lo mismo; placer de sentir o de comprender.

El examen de las obras literarias de concepción moderna nos dice que esos dos centros de gravitación llegan a ser dos entidades casi inseparables, ya que el placer que nos proporcionan algunas producciones de arte se halla empapado de intelectualidad. Esto explica que los psicólogos contemporáneos admitan la existencia de sentimientos intelectuales. La literatura presente, fundamentalmente de signo romántico e intelectual, conserva inevitables resonancias de los períodos anteriores. Y por lo que se refiere a las causas de renovación literaria, hemos de admitir la influencia decisiva de acontecimientos tales como la conquista del aire, el renacimiento naturalista, la fusión de las culturas nacionales y el desplazamiento de la civilización hacia determinados grupos étnicos.

Tomás Mann, al analizar el indiscutible valor de los hallazgos freudianos como elementos de creación literaria, destaca la orientación psicológica de algunas de sus obras, especialmente las que se refieren a la vida de José, personaje que realiza su existencia reconstruyendo uno de los tantos mitos de la antigüedad. Lo mismo que José, la reina Cleopatra vivió su vida mítica y murió su propia muerte, la única que era posible para ella, como reencarnación de dioses y símbolos. Y Jesús hubo de ceñir sus actos a una línea vital para que pudiese ser exacto lo que sobre ella se había escrito o se pudiese escribir. Existencias fáciles a desembocar en un bovarismo de tipo intelectual, como posible, y muchas veces inevitable salida de quienes viven con la preocupación de reproducir y valorizar un mito.



En este sentido, las observaciones de Freud llevadas a la novela por autores como Tomás Mann señalan la orientación del humanismo del futuro y se convierten en piedra angular para la creación de una nueva antropología.

El psicoanálisis encierra grandes posibilidades, ya insinuadas en el campo de la pintura, de la creación literaria y de la vida práctica. Disciplina interna recientemente organizada, pero vieja en su origen. Puede decirse que nació en el momento en que el primer hombre se formuló a sí mismo la gran pregunta de su vida.

El creador, irónico y filósofo, de la «Montaña mágica» vuelca su admiración hacia Freud. Para realzar sus méritos incuestionables nos dice que el creador del psicoanálisis se alimentó de sus propias fuentes haciendo brotar sus libros mediante un esfuerzo propio y sin antecedente. «No conocía a Nietzsche, en cuyas páginas brillan atisbos freudianos, no conocía a Novalis ni a Kierkegaard y Schopenhauer, melancólico y sinfonista de una filosofía del instinto». Sin embargo, el autor omite el nombre de Pierre Janet, psicólogo francés, profesor del Colegio de Francia, a quien Sigmundo Freud copió la rúbrica general de sus estudios. El término psicoanálisis no es otra cosa que la traducción alemana de la expresión «análisis psicológico» con la que Pierre Janet archivaba sus formidables conclusiones obtenidas en horas interminables de laboratorio.

El determinismo psicológico y el concepto de lo inconsciente fueron descubiertos por el sabio francés mucho antes que Freud iniciara sus trabajos, a quien conoció en la clínica de La Salpêtrière al servicio de Charcot. Una existencia de disciplina intelectual nos obliga a subrayar que sin el trabajo previo de Janet, ni el concepto de lo inconsciente hubiera sido posible.

La figura de Goethe se destaca inmensa en sus comienzos y en la eclosión de su gloria. Genio con capacidad para la admiración, su obra está ligada a su capacidad para admirar. Tomás Mann nos habla de una lista de libros tomada por

Goethe de la Biblioteca de Weimar. Partiendo de las preferencias personales podemos imaginar la intimidad del gran escritor alemán.

Wagner se nos presenta como descubridor del mito a los fines de la ópera, como salvador de la ópera por medio del mito. Tomás Mann ensalza el gran espíritu alemán del autor de «Los maestros cantores».

Este ensayo es, sin duda, anterior a la influencia que sobre el autor debió ejercer el gran poeta norteamericano Walt Whitman, ya que, como es sabido, sólo desde entonces comprendió que el artista debía incorporarse a la estructura social «y ser parte integral de las fuerzas vitales que estaban formando a las nuevas generaciones que habían de surgir después de la guerra».

En las páginas dedicadas a Tolstoi se analiza la vida del escritor ruso, vida en apariencia recargada de contrastes, pero fundamentalmente simple y uniforme. Todas las extravagancias que los críticos han pretendido atribuir a Tolstoi no ofrecen a la sensibilidad de un conocedor de Rusia nada que no esté de acuerdo con las costumbres de un propietario campesino. Por lo tanto hay que tener gran cuidado de no separarlo de su medio nacional ruso. Todo lo que el creador de Anna Karenin ha hecho en relación a sus posesiones estéticas lo han realizado también otros autores rusos, cada uno de acuerdo con su carácter, con la única diferencia que en Tolstoi se daba la presencia activa de su genio admirable.

La edición que comentamos pertenece a la Editorial Poseidón. Bien presentado el libro, registra los nombres de sus dos traductores, León Mirlas y Pablo Simón, este último menos afortunado para hacernos disfrutar la perfección estilística de Mann en su trabajo, «Tolstoi o el arte hecho naturaleza».—VICENTE MENGOD.